

tad de que estaba privado. Pero ni las proclamas ni las cartas dieron el resultado que se propuso el general Don Juan Alvarez, y al fin se retiró de Chilpancingo para acosar por otras partes á las tropas del Gobierno.

Noticioso Santa-Anna del mal estado que guardaba la campaña del Sur, salió de la capital el dia 26 de Febrero con direccion á aquel departamento. Su salida, verificada á las cuatro de la mañana, en medio del silencio y del misterio, sorprendió á la poblacion que conocia la importancia que el general Santa-Anna daba á la pompa y al fausto. El *Diario Oficial*, con el fin de que el público no diese importancia á aquella marcha, juzgándola como exigida por la necesidad de ponerse al frente de las tropas, manifestó que la salida del presidente no reconocia otra causa que la de restablecer su salud, algo quebrantada en aquellos momentos, al decir del periódico. Llegado á Iguala, Santa-Anna comprendió que era muy importante reforzar el destacamento de Mescala, atacado de continuo por las tropas de D. Jesús Villalva, y dictó prontas órdenes para que así se verificase. De igual importancia militar era el punto de Iguala; y con el fin de dar á la campaña una marcha mas sólida y regularizada, y de tener segura la retirada de las tropas que se hallaban en el cuartel general de Chilpancingo, en caso de que tuviesen que abandonar esta poblacion, dió orden á varios jefes para que se dirigiesen adonde él estaba. En cumplimiento de la expresada orden, los jefes de mas prestigio y de mayor confianza para Santa-Anna, como Zires, Güitian, D. Luis Osollo, D. Angel Santa-Anna, Cadena y otros, fueron llegando á Iguala. El general Santa-Anna trató á

cada uno de ellos con distinguido aprecio, y á casi todos les envió á reforzar el punto de Mescala y á batir á los disidentes que por aquel punto militaban.

1855. El mes de Marzo empezó con un hecho de armas favorable para las tropas del Gobierno. D. Diego Alvarez y D. Jesús Villalva se situaron en la cañada del Zopilote, con intento de interceptar el paso de un convoy que conducia el general D. Francisco Güitian. Éste, al ver la disposicion de sus contrarios, tomó las medidas que juzgó convenientes, y cargó con ímpetu sobre los disidentes, que, despues de haber resistido por largo tiempo, se vieron obligados á retirarse con grandes pérdidas. Otro triunfo coronó tambien las armas del Gobierno en la hacienda de Pantoja, en el departamento de Guanajuato. El general D. Francisco Tamariz atacó al general disidente D. Trinidad Rivera que le presentó combate. La accion fué corta, pues viéndose flanqueado Rivera, emprendió la retirada, haciéndole el general Tamariz 27 prisioneros, de los cuales, cinco, que eran oficiales, fueron pasados por las armas. Halagado el Gobierno con los triunfos referidos y con otros que alcanzó en distintos puntos, creyó que las medidas de rigor producirian un efecto favorable para obligar á dejar su actitud hostil á muchos jefes de guerrilla, y con fecha 6 de Marzo dió al comandante principal de Iguala varias instrucciones respecto de los sublevados. En esa comunicacion se le decia que los rebeldes fuesen fusilados, y «colgados en los árboles del camino; arrasados los pueblos y rancherías; quemadas todas sus semillas, consumido todo su ganado, y destruidos cuantos medios tengan de subsistencia».

La guerra civil habia tomado, como se ve, un carácter terrible: los partidos se hacian una guerra á muerte, y parecia que se habian jurado completo exterminio. La prensa de ambos partidos, exaltada tambien, en vez de procurar la tranquilidad y calma de los ánimos, como era su sagrada mision, presentaba artículos que solo servian para aumentar el encono de los contendientes. Insultantes y despreciativos hácia los caudillos de la revolucion eran los escritos de los periódicos del Gobierno; pero provocativos y no mas tolerantes eran los que se publicaban en los puntos en que estaban los disidentes contra los partidarios del Gobierno. En Brownsville veia la luz pública un periódico intitulado *El Rayo Federal*, redactado por D. Ponciano Arriaga y D. Melchor Ocampo, ambos adictos á la revolucion, que dará á conocer el grado de exaltacion á que habian llegado los partidos. Despues de decir que las noticias del Estado de Guerrero eran favorables á los disidentes, continuaba de esta manera: «Ellas (las noticias) dan á conocer la situacion tristísima á que
 »están reducidas las fuerzas del ex-dictador Santa-Anna,
 »y prueban hasta la evidencia la preponderancia de las in-
 »trépidas falanges republicanas. Esperamos que dentro de
 »pocos dias, el ejército libertador habrá triunfado en todas
 »partes, castigando con severidad la osadía é impudencia
 »de los malvados realistas y hecho rodar la cabeza del ído-
 »lo inmundo que veneran los traidores monarquistas. La
 »revolucion debe caminar actualmente con todo su poder,
 »con toda su grandeza, con todos sus horrores. No hay que
 »pararse en los medios; no hay convenios que aceptar; las
 »transacciones pierden regularmente á los hombres, y des-

»virtuarán siempre la causa mas justa y mas sagrada. Cuan-
 »do se trata de regenerar á un pueblo ó de reformar sus le-
 »yes, la sangre es necesaria, indispensable para cimentar
 »las nuevas instituciones que han de regirlo y para preca-
 »verlo de las calamidades que son consiguientes á una
 »desorganizacion política. Nada importa que los campos
 »se talen, que las poblaciones se diezmen, que haya muer-
 »tos á millares, si los fines son nobles y se pretende llevar
 »al cabo una idea, un principio, cuyas consecuencias sean
 »el progreso y la prosperidad de una gran nacion».

1855. Enconados los ánimos de uno y otro parti-
 do y estimulados por una parte de la prensa, la lucha si-
 guió terrible y desastrosa. Santa-Anna, despues de haber
 dado las órdenes necesarias para que la campaña siguiese
 con actividad, regresó á la capital de Méjico, donde entró
 el 10 de Marzo, á las cinco y media de la tarde. Su en-
 trada, si no se efectuó con la pompa que la primera vez,
 siempre fué de aparato y régia, pues salieron á recibirle
 los secretarios de Estado, el gobernador y comandante ge-
 neral del distrito, comisiones del Consejo de Estado, el
 Ayuntamiento, el supremo tribunal de la nacion, cláustros
 de la universidad y distintas corporaciones. A su entrada,
 siguieron las felicitaciones por su feliz regreso y las de-
 mostraciones de júbilo oficiales. Entre los jefes que habia
 dejado en el Sur, uno de los que mas se distinguieron en
 aquellos dias fué D. Luis Osollo, que alcanzó varios triun-
 fos sobresus adversarios. No obstante esto, la campaña era
 cada vez mas difícil y penosa, y los soldados se manifes-
 taban disgustados de ella. Diezmados por las enfermeda-
 des de la Tierra-caliente, y faltos de los recursos necesa-

rios, empezaron á abandonar sus filas. La desercion llegó á ser tan notable, que con fecha 26 de Marzo expidió el Gobierno una circular en que decia: «Es ya demasiado escandalosa la frecuente desercion que están teniendo los cuerpos del ejército; pero lo es mas todavía la punible negligencia y la apatía de las autoridades que, olvidando sus deberes, no persiguen ni aprehenden á los desertores. Para evitar un mal de tanta trascendencia, prevenga V. S. á los subprefectos, Ayuntamientos, comisarios municipales, jueces de paz y auxiliares, que en uso de sus mas estrechas obligaciones, pongan el mayor empeño en la persecucion y aprehension de los desertores, en el concepto de que por cada uno que aprehendan, se les abonará una gratificacion de cinco pesos, así como por cada desertor que sea encontrado en las poblaciones y aprehendido por los comisionados que al efecto se nombrarán, serán multadas las autoridades en veinticinco pesos por primera vez, cincuenta por la segunda, y por tercera, destinadas al servicio de las armas».

En el mes de Abril continuaron alcanzando las armas del Gobierno algunos triunfos sobre los disidentes. El dia primero del expresado mes entraron en Zitácuaro las tropas santanistas, retirándose de la poblacion el jefe disidente D. Joaquin Urquiza. La villa fué saqueada, y presenció actos que repugna la humanidad. El 10 fueron pasados por las armas, en Chilpancingo, diez individuos, cinco de ellos por desertores, y los otros cinco por conspiradores. El 13 del mismo mes hubo un encuentro entre una fuerza de tropas pronunciadas al mando de D. Secundino Velazquez, y otra del Gobierno mandada por el gene-

ral D. Ramon de la Torre. Despues de un combate obstinado, las tropas disidentes fueron derrotadas, quedando muerto en la accion su jefe. En Tetillas fueron fusilados, y luego colgados de los árboles, los guerrilleros D. Juan Nava y D. José María Colama, habiendo muerto en la accion D. Hilario Tomás y D. José de la Luz, tambien guerrilleros. En cambio el 20 del expresado Abril tomó el jefe disidente D. Santos Degollado la poblacion de Puruándiro, despues de haberse defendido la guarnicion treinta y seis horas. Las guerrillas de Huerta, Cuesta y Pueblita, fueron las primeras que penetraron, y los habitantes sufrieron todos los horrores de la guerra. «Los pronunciados», dice un escritor partidario de aquel movimiento revolucionario (1), «quisieron vengarse de los agravios que algunos vecinos de aquella poblacion les habian hecho; la plebe se entregó á espantosos desórdenes, y los jefes de la fuerza vencedora no pudieron evitar el horrible estrago que sufrieron las vidas y propiedades». ¡Todo era sangre para el infortunado y rico suelo de Méjico! Aquel país que Dios en la plenitud de su benevolencia quiso que fuese un paraíso, los malos gobernantes y los aspirantes al poder lo habian convertido, bien á pesar del pueblo, en un vasto escenario de desventuras y de penas para la sociedad.

Viendo el ministro de Hacienda D. Luis Parres la imposibilidad de poder arreglarla, hizo dimision de la cartera el 14 de Abril, y á desempeñarla entró D. Manuel Canseco, que tampoco pudo hacer mas que su predecesor.

(1) Historia de la revolucion de Méjico, contra la dictadura del general Santa-Anna. 1853-1855.

Entretanto la revolucion cundia, no obstante los últimos triunfos alcanzados por las armas del Gobierno. En el departamento de Michoacan especialmente habia tomado proporciones alarmantes. Este departamento tiene una superficie de 1,750 leguas con 417,378 habitantes, y la importancia de él por confinar al Norte con los ricos departamentos de Querétaro y de Guanajuato, de los cuales le separa el rio Lerma, con el departamento de Toluca al Este, al Sur con el de Acapulco y al Oeste con el de Tancítaro, la comprendia perfectamente Santa-Anna. Persuadido, en consecuencia, de la necesidad de apagar en él la hoguera revolucionaria, se propuso presenciar por sí mismo la campaña; y el 30 de Abril salió de la capital de Méjico hácia Morelia, capital del expresado departamento de Michoacan, ciudad con 25,000 habitantes, situada á 69 leguas de Méjico. Su marcha fué, como de costumbre, pomposa y lisonjera. En todas partes se hicieron rogativas por su salud y por su pronta vuelta á la capital. Pero mientras la adulacion trataba de hacerle creer que el país entero se interesaba por el triunfo de sus armas, los descontentos, lanzándose á la lucha, se presentaban ocupando nuevas poblaciones. Comonfort, por su parte, conociendo la gran influencia que se podia dar á la revolucion combatiendo á las tropas santanistas en el departamento de Michoacan, pidió á D. Juan Alvarez le permitiese hacer en él la campaña; y concedido el permiso y nombrado general en jefe de la division del interior, se embarcó en Acapulco en los primeros dias del mes de Mayo, desembarcando á poco en el puerto de Zihuantanejo. Comonfort llevó consigo una fuerza de trescientos hombres, la mayor

parte de ella perteneciente á la division Zuloaga, que se habia adherido á la revolucion en la hacienda del Nuzco, 1855. segun dije en su lugar. Una vez en Zihuantanejo, siguió su marcha por la costa y por el Sur de Michoacan, situándose por último en Ario, donde hizo su cuartel general. Comonfort llevaba en su compañía, en calidad de prisionero de guerra, al general D. Félix Zuloaga, sin mas objeto que el de salvarle la vida. El caudillo de la revolucion sintió desvanecerse todas las lisonjeras ilusiones que se habia formado al emprender su marcha al punto que ocupaba. Ciertamente es que habia numerosas guerrillas que tenian en continuo jaque á las tropas del Gobierno, no dejándolas descansar un solo instante; pero si algo habian ganado con la fuerza de las armas, mucho habian perdido por su conducta en el concepto público. «La revolucion», dice el escritor partidario de la de Ayutla (1), «estaba con todo esto, como herida de muerte por la opinion pública, á causa de los excesos de toda clase que se cometian en su nombre. Habia malvados que invocando la causa de la libertad, saqueaban los pueblos y las haciendas, ejercian espantosas depredaciones, cometian violencias y asesinatos, y se portaban, en fin, como verdaderos bandidos y salteadores. Todo el departamento estaba escandalizado con aquellas iniquidades, y no era menos grande el horror que ellas inspiraban, que el disgusto causado por las demasías de la dictadura. Los amigos de ésta podian hablar de robos,

(1) Historia de la revolucion de Méjico, contra la dictadura del general Santa-Anna. 1853-1855.

»de incendios y asesinatos, cometidos por partidas de hom-
 »bres armados contra ella, de hombres que se decian par-
 »tidarios de la revolucion y defensores de los derechos del
 »pueblo; y confundidos así los buenos patriotas con los
 »criminales. la opinion andaba recelosa y asustada, no
 »sabiendo qué partido tomar, pero casi decidida por un
 »Gobierno que si era cruel é implacable con sus enemigos,
 »no atacaba como aquella revolucion las vidas y las pro-
 »piedades de todos. Fué para Comonfort un tormento inex-
 »plicable el encontrar así desconceptuada una empresa á
 »la que él habia consagrado tantos desvelos, y que le de-
 »bia tantos sacrificios encaminados todos á conservarla sin
 »mancilla. Ante el descrédito que sus falsos amigos arro-
 »jaban sobre ella, veia con dolor que iban á nulificarse
 »todos los esfuerzos anteriores, y á hundirse bajo el peso
 »de una execracion general, las intenciones puras con que
 »habia dado su nombre á la revolucion».

1855. Amante de la verdad histórica, y con el noble fin de que ningun partido pueda argüirme el menor átomo de parcialidad ni en contra de él ni en favor de otro, jamás acepto la pintura con que cada uno de ellos presenta á sus contrarios, porque esa pintura, trazada en la horrible tormenta de las funestas pasiones, tiene que participar del negro colorido de la atmósfera política en que fué concebida. Pero sí acepto las sinceras confesiones que cada uno hace de sí mismo, puesto que ellas no pueden ser sospechosas á ninguno, ni aparecer infieles para el lector. Dicho tengo en páginas anteriores que el país era siempre la víctima de las contiendas políticas, suscitadas, no por él, que las aborrecia, sino por un cen-

tenar de políticos ambiciosos que, unos ya en el poder y otros aspirando á él, convertian el hermoso suelo de Méjico en un campo de batalla, cubriendo de desolacion, de luto y de ruinas á los desdichados pueblos. Los terribles decretos dictados por el Gobierno de Santa-Anna, y lo referido por el autor de la *Historia de la Revolucion*, partidario de la de Ayutla, son otras tantas pruebas irrecusables que concurren en apoyo de lo que llevo dicho. El país se hallaba entre una dictadura que no habia pedido, y que sin embargo se la habian impuesto como emanada de la *voluntad nacional*, y una revolucion que le alarmaba, promovida en Ayutla por veinticinco individuos, y á la que sus autores dieron tambien el nombre de *voluntad nacional*. El país se hallaba entre dos beligerantes que talaban sus campos, destruian sus sementeras, imponian gravosas contribuciones y arruinaban sus pueblos. Comonfort, hombre de orden y celoso del buen nombre de la causa que habia proclamado, quiso poner remedio á los excesos de varios jefes que seguian la bandera enarbolada en Ayutla, y con fecha 25 de Mayo expidió una circular á los individuos que estaban al frente de alguna guerrilla, ordenándoles que se abstuviesen en lo sucesivo de cometer las arbitrariedades y actos reprobables de que se quejaban los pueblos, y marcando el sistema que debian seguir para adquirir recursos sin extorsionar al pacífico ciudadano (1). Estas justas providencias de Comonfort y la noble conducta observada por él con los prisioneros, aumentaban su prestigio y le conquistaban el aprecio hasta

(1) Véase la circular en el Apéndice, núm. 1.

de sus mismos contrarios. El general D. Félix Zuloaga, que iba con él en calidad de prisionero, pudo apreciar como nadie aquella conducta noble y caballerosa, y reducido por ella á la vez que impulsado por la gratitud á la deferencia y consideraciones que le habia dispensado, manifestó deseos de servir en la causa proclamada por la revolucion, en una comunicacion que con fecha 28 de Mayo dirigió á Comonfort (1). En esa comunicacion expuso D. Félix Zuloaga las razones que tenia para pretender cambiar su condicion de prisionero en defensor del plan proclamado en Ayutla. No me quiero detener á examinar si el paso dado por D. Félix Zuloaga era ó no laudable. Comprendo que el sentimiento de la gratitud ejerce un poderoso influjo sobre el alma, y que él basta á que hagamos el sacrificio de nuestra vida por aquel á quien en nuestra prosperidad tuvimos por enemigo, y que en la desgracia nos tendió una mano generosa. Sin embargo, creo que el general Zuloaga hubiera ganado aun mucho mas en la opinion pública, si al sentimiento de gratitud, siempre honroso, hubiera agregado la resolucion de mantenerse neutral en una contienda en que habia empezado bajo la bandera del Gobierno. Comonfort, que veia en el general D. Félix Zuloaga un hombre instruido, de caballeroso carácter, de ideas de orden y de una moral irreprehensible, aceptó gustoso su oferta, y utilizó sus conocimientos militares en la campaña.

El general Santa-Anna que, como hemos visto, salió de la capital para presenciar por sí mismo el estado que

(1) Véase en el Apéndice, núm. 2.

guardaba la revolucion en el departamento de Michoacan, dió un fuerte impulso á las operaciones militares. Despues de haber recibido en todo el tránsito desde Méjico á Morelia espléndidas ovaciones, se dirigió á Zamora, poniéndose á la cabeza de una brillante division. Al tener los pronunciados que ocupaban la plaza desde el 22 de Abril, noticia de que se aproximaba con ánimo de atacarlos, abandonaron la plaza, en la cual entró Santa-Anna el 15 de Mayo entre aplausos y repiques. Pocos dias despues, queriendo dar un golpe de impórtancia á la revolucion atacándola en su cabeza, se dirigió á Ario, en donde tenia establecido Comonfort su cuartel general. Una espantosa tempestad le sorprendió en el camino, y habiendo recibido noticia de que Comonfort habia abandonado la poblacion, desistió de seguirle.

1855. Con el objeto de llamar la atencion del Gobierno por varios puntos y extender al mismo tiempo el fuego de la revolucion, ésta organizó varias columnas de operaciones, de las cuales una se dirigió, al mando de Cuesta, al departamento de Guanajuato, donde derrotó, cerca de un punto llamado Burras, al comandante general del expresado departamento; y otra, á las órdenes de D. Santos Degollado, que ascendia á mil quinientos hombres, al departamento de Méjico. Sin embargo, á excepcion del hecho de armas verificado en Burras, el éxito fué desgraciado para los disidentes. Al saber el movimiento de D. Santos Degollado, el Gobierno destacó en su persecucion al general Tabera, que no le permitió hacer alto en ninguna parte. En vano el jefe disidente D. Plutarco Gonzalez trató de proteger las miras de Degollado ponién-